

Confrontación revolucionaria
1913-1917
Facciones regionales, conflictos
de clase y el nuevo Estado nacional*

John Tutino

Los conflictos sociales y políticos que estimularon la Revolución mexicana tenían raíces muy profundas. La inestabilidad nacional prevaeciente comenzó a manifestarse en 1910 y se prolongó durante décadas. Pero la principal confrontación revolucionaria —el violento conflicto sobre las estructuras del Estado y la economía, espoleado por los resentimientos de gente largo tiempo subordinada— se concentró entre los años de 1913 y 1917. La batalla posterior al derrocamiento del presidente reformista Francisco I. Madero, en febrero de 1913, convirtió a la Revolución mexicana en una verdadera revolución —un proceso violento de transformación fundamental en el ámbito político y social.

Durante los cuatro años correspondientes a la confrontación revolucionaria resultaron decisivos los primeros treinta meses —los comprendidos entre febrero de 1913 y julio de 1915. Dos años y medio en los que en realidad

* Este ensayo se sustenta en gran parte en el libro de John Tutino, *From Insurrection to Revolution in Mexico: Social Bases of Agrarian Violence, 1750-1940*, Princeton, Princeton University Press, 1986. Debo agradecer a varias personas la lectura del estudio, en especial a Friedrich Katz por sus útiles comentarios sobre el primer borrador.

no hubo ningún gobierno efectivo: nadie ejerció un poder nacional coercitivo, que impartiera justicia y que regulara en materia de propiedad. Al no existir un Estado nacional, las facciones con diferentes sustentos sociales y regionales, además de ideologías y programas en conflicto, organizaron fuerzas político-militares para luchar por el poder y construir un nuevo Estado mexicano, así como para definir las nuevas normas sobre la propiedad y la justicia que imperarían en México durante las siguientes décadas. En el verano de 1915 los constitucionalistas, encabezados por Venustiano Carranza, proclamaron su victoria y reclamaron el poder para integrar el nuevo Estado. La Constitución de 1917 fue el primer paso en el largo y a menudo debatido proceso que se proponía consolidar el poder del nuevo Estado.

Este capítulo analiza las bases regionales y sociales de las principales facciones revolucionarias, sus medios económicos, sus objetivos ideológicos y sus organizaciones político-militares. Asimismo, se ocupa de las alianzas y conflictos entre las facciones y de sus relaciones con fuerzas externas —sobre todo en Estados Unidos— con el fin de explicar por qué los constitucionalistas obtuvieron la victoria en la batalla por alcanzar el poder del Estado.

En 1910 Francisco I. Madero encabezó un movimiento en contra del régimen de Díaz y sacó a la luz cuestiones que perdurarían a lo largo de la Revolución mexicana. Madero compartía con las élites nacionales el objetivo de disminuir la dominación económica externa. Entre los sectores medios, Madero sembró esperanzas respecto a una democracia ampliamente participativa. Además, mediante declaraciones no muy precisas acerca de la justicia en el campo y alianzas con radicales agraristas como Emiliano Zapata, creó expectativas en muchos campesinos que pretendían recuperar las tierras perdidas. Pero en 1911 y una vez en el poder, Madero conservó al viejo ejército federal y siguió apoyándose políticamente en muchas de las élites establecidas. Su régimen estuvo plagado de contradicciones flagrantes. El simple análisis de la reforma agraria provocó la separación de las élites que lo apoyaban,

en tanto que la falta de redistribución de tierras generó entre los rebeldes agraristas la sospecha de una profunda traición. El gobierno de Madero —entre 1911 y 1913— condujo a una notable polarización de la política mexicana y no logró introducir las reformas básicas.²

La falta de capacidad de Madero para mantener el orden propició la reunión de conspiradores —representantes de los intereses de las élites— que lo derrocaron en febrero de 1913. El golpe de estado fue urdido por varios personajes: el general Bernardo Reyes, quien había servido durante largo tiempo a Díaz en puestos políticos del norte y se había rehusado a encabezar la oposición contra el anciano dictador cuando, antes de 1910, su régimen comenzó a tambalearse; Félix Díaz, sobrino de Porfirio Díaz; el general Victoriano Huerta, quien había permanecido en el ejército federal durante el régimen de Madero, y que encontró demasiado complaciente a éste en relación con las demandas de las clases bajas, así como Henry Lane Wilson, el embajador de Estados Unidos y el presidente republicano Taft, relacionado con los intereses Guggenheim, que casi llegaron a monopolizar las minas de plata mexicanas. Después de diez días de estratagemas y violencia sobre los residentes de la capital, Huerta se adueñó del gobierno.³

El régimen de Huerta nunca habló de democracia e intentó destruir las crecientes expectativas sobre la reforma agraria. Asimismo, buscó y obtuvo el apoyo de las élites mexicanas establecidas y de los intereses económicos extranjeros, muchos de los cuales habían apoyado con anterioridad a Díaz. No obstante, el creciente descontento impidió al nuevo régimen establecer un sistema similar al que prevalecía antes de la Revolución. Díaz había construido un régimen autoritario apoyado en quienes detentaban el poder económico, disminuyendo al mismo tiempo el papel del ejército. Cuando las movilizaciones revolucionarias comenzaron a incrementarse, Huerta intentó aumentar el poder y el papel político del ejército para convertirlo en parte fundamental de su régimen. Con ello, pretendía obstaculizar la agitación revolucionaria utilizando la repre-

sión para proteger los intereses de las élites.⁴ Sin embargo, lo único que consiguió fue estimular la oposición y atizar todavía más la confrontación revolucionaria.

Durante su mandato Huerta sostuvo que se hallaba al frente de un Estado nacional; pero la oposición a su gobierno se desarrolló con tal velocidad y en áreas tan extensas, que su administración fue considerada como una más de las facciones que surgieron en 1913 y se involucraron en el conflicto revolucionario. Sin embargo, comenzó con muchas ventajas: organizó su gobierno en torno de una burocracia estatal de dimensiones nacionales, que Madero había preservado, y lo apoyaron muchos de los intereses económicos más poderosos de México, tanto nacionales como extranjeros. Asimismo, contó con el ejército federal para enfrentar los combates, y desde los primeros días su gobierno fue reconocido por el Reino Unido y Estados Unidos —aunque este último país no lo hizo de manera formal.

El régimen huertista generó, sobre todo, oposición. El derrocamiento y asesinato de Madero provocó que gran parte de los reformistas de clase media y superior se distanciaran del gobierno.⁵ Enfurecidos por la brutal muerte de su líder, éstos concluyeron que la democracia y la aceleración del desarrollo económico que buscaban no se lograrían mediante las moderadas medidas de ajuste seleccionadas por Madero respecto al viejo régimen y los intereses económicos establecidos. Cada vez un mayor número de gente se convenció de que sólo la destrucción del Estado existente haría viables sus propósitos. La muerte de Madero reveló a muchos reformadores los límites del reformismo y los incitó a involucrarse en la fase violenta de la Revolución.

El gobierno de Huerta también se enfrentó, en muchas regiones, con la oposición abierta de los rebeldes rurales. Madero había hecho muchas promesas pero no había cumplido ninguna. Sin embargo, Huerta apoyó de lleno a las élites agrarias locales y se alió con ellas para acabar con las movilizaciones agraristas. Los resentimientos y los levantamientos agrarios se ampliaron e intensificaron ante el golpe de estado de Huerta y su régimen reaccionario.

Después de seis meses en el poder, Huerta enfrentaba ya una oposición superior a las fuerzas federales de que disponía para combatirla. En lugar de ocuparse de los resentimientos generados por tal oposición, Huerta se dedicó a incrementar su capacidad militar de dos maneras: mediante la conscripción, y presionando a los terratenientes para armar a los habitantes de sus territorios con el fin de integrar fuerzas favorables al gobierno. Ambos programas dieron muy pocos resultados y generaron dificultades adicionales a su régimen.

Los conscriptos eran, en el mejor de los casos, soldados renuentes. Ante el reclutamiento huertista, muchos campesinos decidieron unirse a alguna banda rebelde local; al menos así defenderían bajo las órdenes de un líder de la región los intereses de la zona y evitarían convertirse en soldados de infantería del régimen reaccionario. Sin embargo, fue necesario pagar un sueldo a quienes sí fueron reclutados —un costo mínimo a cambio de una exigua lealtad—, lo cual se dificultó a medida que el ejército de Huerta aumentaba y los obstáculos económicos disminuían las recaudaciones fiscales.⁶

A diferencia de los conscriptos, los terratenientes, deseosos de beneficiarse con el programa del régimen que prometía imponer orden y trabajo, se esforzaron por integrar fuerzas para defender tanto sus tierras como al huertismo. Pero en muchas regiones donde los habitantes de los pueblos se reunieron para protestar violentamente por cuestiones agrarias, el activismo de los terratenientes sólo produjo represalias. En realidad, pocos terratenientes estuvieron en posibilidad de ayudar a Huerta. Sólo donde las movilizaciones revolucionarias fueron de escasas proporciones, las élites terratenientes pudieron integrar fuerzas significativas en favor del régimen.⁷

El gobierno huertista también se vio menguado al declinar el apoyo exterior. Aunque el embajador Henry Lane Wilson contribuyó a ponerlo en el poder, Huerta pronto enfrentó las incertidumbres propias de una nueva administración: la de Woodrow Wilson. A éste le preocupaba la manera nada democrática en que el general había as-

cédido al poder y su amistad con importantes intereses británicos. Como nunca fue reconocido formalmente por Washington, Huerta enfrentó una fría neutralidad norteamericana desde mediados de 1913 —y una oposición directa a partir de 1914. En febrero de ese año Estados Unidos abrió sus fronteras a la venta legal de armamento destinado a los rebeldes mexicanos y, en abril, la marina norteamericana ocupó Veracruz, lo cual privó a Huerta de los ingresos provenientes de las aduanas y de las instalaciones portuarias del primer puerto mexicano en el Golfo.⁸

Entre febrero de 1913 y julio de 1914 Huerta proclamó ser el presidente de México. En realidad, fue el jefe de la facción elitista más reaccionaria durante la confrontación revolucionaria, la cual se enfrentó a todas las demás facciones importantes, así como a muchas otras de menor envergadura. Al huir de México en julio de 1914, su coalición conservadora fue eliminada de inmediato de la contienda en que se buscaba acceder al poder nacional.⁹

ZAPATA / 0 El movimiento zapatista tuvo como sustento a los campesinos de los pueblos del México central, sobre todo los asentados en la cuenca de Morelos, justo al sur de la ciudad de México. Zapata adquirió fama como líder del pueblo de Anenecuilco, al defender en los juzgados y en los campos las demandas de los pobladores acerca de las tierras que les había confiscado una hacienda azucarera vecina. En 1910 las vagas promesas de Madero de impartir justicia en el campo fueron suficientes para conducir a Zapata a la lucha contra Díaz. En cuanto Madero asumió el poder, Zapata demandó la devolución inmediata de las tierras en disputa a los pobladores de Morelos. Madero, hijo de una gran familia de hacendados en la zona fronteriza del norte, se opuso y sugirió, en cambio, tomar las cosas con calma y estudiar la situación. Al comprobar que el régimen al que habían apoyado sólo ofrecía soluciones retóricas al problema agrario, Zapata y sus fuerzas campesinas decidieron permanecer armados. Por tanto, el envío de las tropas federales para "pacificarlos" sólo acrecentó el conflicto. Madero nunca inició una reforma agraria, y Zapata permaneció en rebeldía —y proclamó en 1911, en el Plan de

Ayala, su objetivo fundamental de obtener "tierra para los campesinos".

Con la caída de Madero, Zapata se mantuvo en la oposición. Como Huerta había sido enviado por Madero para someter a los zapatistas, su gobierno demostró de inmediato una oposición definitiva a los reclamos de tierra de los campesinos. Decepcionados por Madero que había ofrecido reformas sin llevarlas a cabo, los zapatistas se percataron de que Huerta y sus aliados se oponían abiertamente a los objetivos agrarios.

Los zapatistas eran los clásicos campesinos revolucionarios. Sus aspiraciones consistían en un mundo integrado por pueblos con suficiente tierra para cada familia donde pudieran cultivar su propio maíz y frijol —sin la intervención de quienes ostentaban una autoridad superior. Desde luego, dicha autonomía nunca había existido en Morelos. La historia de la región, sin embargo, se había desarrollado durante centurias en un vaivén de conflictos y cooperación entre las comunidades agrarias y las haciendas azucareras comerciales.

Durante los siglos de dominación española la mayoría de las comunidades morelenses y las asentadas en la zona montañosa del México central, habían conservado tierras que permitían a las familias producir gran parte de sus propios alimentos. Sin embargo, muchas tenían que complementar esos cultivos de subsistencia con salarios de jornaleros en las haciendas vecinas durante ciertas estaciones del año. Por tanto, los vínculos establecidos entre las haciendas y las comunidades fueron al mismo tiempo simbióticos y de explotación. Las haciendas necesitaban trabajadores temporales de las comunidades para generar utilidades; los trabajadores, los reducidos salarios del trabajo temporal para sostener a sus familias. Tales relaciones entre haciendas y comunidades eran institucionalmente simbióticas; pero adquirieron, desde un punto de vista social, carácter de explotación. Los hacendados obtenían utilidades significativas mientras los trabajadores ganaban salarios de miseria. No obstante, la explotación social estructurada como una simbiosis institucional resultó esta-

bilizadora. Durante siglos, el conflicto entre las grandes haciendas y los trabajadores no rebasó los límites locales.¹⁰

Fue el colapso de la estructura simbiótica de explotación que prevaleció durante el siglo XIX, lo que llevó a los pobladores de Morelos a la violencia revolucionaria. Muchos de los líderes del México independiente profesaban una ideología liberal que sólo percibía el "privilegio" y el "estancamiento" en la estructura colonial de la propiedad comunitaria de tierras. En la década de 1850 los liberales en el poder abolieron los derechos de las comunidades sobre la tierra —aunque en la práctica la transición ocurrió de manera lenta e incompleta durante el siguiente medio siglo. Sin embargo, no se trataba de una política de expropiación; los habitantes de los pueblos recibían tierras en propiedad privada que habían pertenecido por mucho tiempo a las comunidades. Pero el cambio hacia la propiedad privada hizo que las parcelas de los campesinos pudieran ser vendidas o hipotecadas —y por tanto, arrebatadas. Al mismo tiempo, a finales del siglo XIX se presentó un crecimiento de la población en las comunidades del México central. Al conjuntarse la privatización de la tierra con el crecimiento de la población sobrevino una mayor escasez de tierras en las zonas montañosas del centro, y una menor capacidad de los campesinos para sostenerse a sí mismos en sus propias parcelas.

La introducción de los ferrocarriles y la paz prevaleciente durante la administración de Porfirio Díaz en la década de 1880, obligó a los habitantes de Morelos a enfrentar mayores desafíos. La producción azucarera se expandió rápidamente y las haciendas morelenses se apropiaron de tierras adicionales, especialmente de los recursos hidráulicos. Asimismo, requirieron de un creciente número de trabajadores temporales. Hacia 1900 ya no existía tierra suficiente en las comunidades para sostener a los trabajadores temporales que las haciendas necesitaban. Estas factorías, incapaces de obtener utilidades sin la mano de obra temporal y barata, la cual se sostenía mediante la producción de subsistencia, permitieron que ciertas tierras no utiliza-

das para el cultivo de caña de azúcar fueran aprovechadas por los pobladores para sembrar maíz. Por tanto, los campesinos de Morelos continuaron alternando una producción de subsistencia con trabajo temporal para mantener a sus familias. Pero ahora tenían que aportar la mitad de su maíz a estas haciendas, hecho que los volvió aún más dependientes tanto para utilizar las tierras para una producción de subsistencia como para disponer de empleos temporales. La nueva dependencia, aunada a una gran inseguridad, irritó a los pobladores de Morelos. Una vez que habían cultivado maíz en sus propias tierras, el trabajo temporal surgía como complemento adicional a la producción familiar. En contraste, esta doble dependencia respecto de las haciendas generó un sometimiento más completo y profundizó la inseguridad de la vida campesina. Las dificultades climáticas siempre habían afectado a las familias campesinas; pero ahora, una baja en el mercado del azúcar o incluso un conflicto personal con el administrador de la hacienda podían acarrear la pérdida de las tierras y los salarios. Descontentos con sus vidas, creciente dependencia y mayores amenazas, los morelenses estaban preparados para protestar e incluso rebelarse después de 1900. La solución que buscaron consistió en reconstruir la propiedad territorial de los pueblos —con el fin de volver a crear al menos una autonomía limitada para sus familias. Y sería Emiliano Zapata quien encabezaría sus esfuerzos.

El movimiento zapatista comenzó antes de que Madero desafiara al gobierno de Díaz, sustentado en pequeñas revueltas. Sin embargo, al unirse a Madero, el movimiento se expandió y se vio inmerso en las intrigas de la política nacional. Más adelante, al enfrentarse al ejército federal enviado por Madero, los zapatistas se endurecieron y profundizaron sus nexos con la mayoría de los habitantes de Morelos, lo cual les enseñó cómo se libraba una batalla con base en las guerrillas. A principios de 1913 ya contaban con experiencia en guerrillas agrarias, objetivos muy claros y un firme liderazgo.

La gran fuerza del movimiento zapatista se hallaba en la coherencia entre sus bases sociales y económicas, su

programa ideológico y su organización política y militar, la cual se encontraba bien afianzada en las comunidades campesinas de Morelos. Fue ahí donde los zapatistas reclutaron a sus combatientes. Y fueron los habitantes de las comunidades quienes mantuvieron y expandieron la producción de subsistencia (a medida que el conflicto socavó la economía de las haciendas) para sostenerse a sí mismos y a las tropas de Zapata. La ideología del movimiento se centró con insistencia en los derechos de los campesinos para hacer producir la tierra y en la independencia política local.¹¹ Además, la organización zapatista se apoyó en los concejos municipales tradicionales. Zapata había encabezado el concejo de Anenecuilco y su movimiento revolucionario se desarrolló como una liga de gobiernos comunales. Hasta la muerte de Zapata en 1919, el liderazgo lo ejercieron hombres extraídos de esas comunidades. Algunos intelectuales con raíces urbanas se les unieron durante algún tiempo, pero nunca en calidad de líderes.

La coherencia característica de las comunidades morelenses evitó por mucho tiempo que sus territorios fueran invadidos. Cuando ejércitos opositores se batían con ellos y les ganaban, los zapatistas se replegaban hacia las montañas y las comunidades para reaparecer después, como una fuerza local, una vez que las tropas se habían retirado.

Sin embargo, esa fuerza defensiva constituía también una debilidad en la ofensiva. Los campesinos, siempre listos a defender a sus familias, tierras y comunidades, no encontraron muchas razones para librar batallas fuera de sus feudos. Su producción de subsistencia abasteció con facilidad a las guerrillas, pero generó un excedente muy escaso para procurarse armas y municiones. A menudo las tropas zapatistas sólo disponían de las que podían robar o capturar, lo cual restringía severamente su capacidad ofensiva. Zapata advirtió el problema. Cuando entre 1914 y 1915 gobernó en Morelos, recibió reclamos de tierra para llevar a cabo una producción de subsistencia; a su vez, urgió a los pobladores a cultivar también caña de azúcar que generara ingresos para sus tropas. Pero

Zapata también comprendía a su base política. Cuando los campesinos mostraban escaso interés en el cultivo de la caña e insistían en sembrar maíz y frijol para alimentar a sus familias, él accedía. Nunca forzó a sus seguidores a comercializar en favor de su movimiento. Zapata sabía que sería contraproducente apartarse del apoyo de los campesinos para fortalecer a sus tropas. Por tanto, aceptó sus valores y sus metas —así como la fuerza y las limitaciones políticas que aportaron a su movimiento.¹²

La ayuda del exterior estaba vedada a los zapatistas. Dados los intereses inherentes a la diplomacia norteamericana y europea a principios del siglo XX, los principales poderes en México consideraron a Zapata y a sus campesinos como rebeldes o bandidos. Aislados en una cuenca interior, lejos de puertos y fronteras, los zapatistas disponían de muy pocas oportunidades de vender la producción local a cambio de suministros del exterior, incluso en el caso de que así lo hubieran deseado sus pobladores. Zapata también comprendió esta debilidad y a finales de 1913 y principios de 1914, envió representantes en busca de préstamos a Estados Unidos, pero fueron rechazados.¹³ Ningún gobierno o acreedor en Estados Unidos estuvo dispuesto a financiar a "bandidos" revolucionarios —es decir, rebeldes que se adueñaban de los terrenos de propiedades comerciales para otorgarlos a los campesinos.

La incapacidad de Zapata —a menudo mencionada— respecto a llevar a su movimiento más allá de sus límites regionales no obedeció a ignorancia o ingenuidad. Más bien reflejaba la cabal comprensión de los valores y objetivos de los campesinos a quienes encabezaba —y de la inherente fuerza defensiva y debilidad ofensiva propias de una sociedad campesina movilizada.

Los zapatistas no fueron el único movimiento campesino en la confrontación revolucionaria llevada a cabo entre 1913 y 1915. En las zonas montañosas centrales, donde la población rural había vivido durante mucho tiempo en comunidades campesinas y sólo recientemente experimentaba dificultades similares a las de Morelos, muchas bandas locales se levantaron en demanda de tierras y de

los derechos de sus comunidades. En Tlaxcala, por ejemplo, una región al este de la ciudad de México y que colindaba con los dominios zapatistas, los pobladores que exigían tierras y autonomía se levantaron en 1910 para unirse al movimiento maderista. Ellos también reclamaron tierras a Madero sin mucho éxito. Por tanto, en 1913, cuando Huerta decidió apoyar la reacción de los terratenientes en Tlaxcala, bandas de rebeldes agrarios contrataron de inmediato. Algunos se unieron a Zapata, otros, a los constitucionalistas; pero todos proclamaban "tierra para los campesinos".¹⁴ La conjunción en el centro del país de los zapatistas —muy bien organizados y estratégicamente localizados— y otras bandas agraristas de menor fuerza pero de obstinación semejante, hizo de los objetivos campesinos el núcleo de la cuestión social que se dirimía en la confrontación revolucionaria de este México rural.

Otras facciones importantes que se desarrollaron durante 1913 para oponerse al régimen de Huerta provenían del norte, en especial de las zonas fronterizas con Estados Unidos. Las tradiciones históricas y sociales del norte diferían notablemente de las prevalecientes en las zonas montañosas del centro. Durante la época colonial el norte de México estuvo poco poblado por europeos y largo tiempo sirvió como asiento de poblaciones indígenas muy dispersas, pero dispuestas a defender su independencia. La minería y el pastoreo no atrajeron muchos mexicanos hacia el norte; no obstante, la introducción de los ferrocarriles en la época de Díaz vinculó las zonas fronterizas tanto con el México central como con Estados Unidos en la década de 1880. La premura por desarrollar minas de cobre y plata, ranchos ganaderos, haciendas algodoneras y otro tipo de empresas propició entonces un rápido asentamiento. Miles de desarraigados capaces de movilizarse así como familias de empresarios, emigraron desde las antiguas regiones mexicanas hasta las tierras fronterizas para participar en el auge.¹⁵

Desde el punto de vista político, Díaz trató a las zonas fronterizas como a la mayoría de las demás regiones. En los principios de su régimen depositó el poder de las pro-

vincias en manos de gente leal y dependiente —y compensó a las élites regionales con oportunidades económicas sin precedente. Los clanes regionales poderosos, como los de las familias Madero en Coahuila, Terrazas en Chihuahua y Maytorena en Sonora, perdieron poder político pero obtuvieron nuevas riquezas. Hacia 1900 esas relaciones estabilizadoras comenzaron a cambiar. Unos cuantos núcleos familiares provincianos importantes recibieron autorización para volver a ejercer el poder político. Otros, como los Madero y los Maytorena, quedaron excluidos. Por tanto, el descontento político se incrementó rápidamente. En Chihuahua tanto los sectores medios como los pobres resentieron con fuerza el dominio político y económico de los Terrazas. En Coahuila y en Sonora los Madero y los Maytorena comenzaron a lamentar la continua exclusión de que eran objeto respecto del poder político, la cual les negaba los beneficios otorgados ostensiblemente a los Terrazas.¹⁶

A partir de 1905 y a medida que el colapso económico afectó las zonas fronterizas, los conflictos políticos se profundizaron. La adopción del patrón de cambio oro de ese año, seguida del rápido impacto que en 1907 tuvo en México el pánico financiero iniciado en Estados Unidos, acarrió escasez de capitales y la reducción de los mercados, lo cual deterioró el auge prevaleciente en las zonas fronterizas. Las élites del norte, especialmente las excluidas políticamente por Díaz, comenzaron a resentir que el régimen las hubiera unido a la suerte de la economía norteamericana, pues si esto les procuró en el pasado grandes beneficios, ahora las excluía del poder y las obligaba a pagar el precio de la dependencia económica ante el poderoso vecino del norte. Para muchas élites del norte y las familias de los sectores empresariales medios, la participación política y el nacionalismo económico se convirtieron en las demandas clave de la política revolucionaria a partir de 1910.¹⁷

El mismo ciclo de auge y colapso económicos que había exacerbado el descontento político de las élites fronterizas, provocó considerables resentimientos sociales en-

tre la mayoría trabajadora de la región. El gran desarrollo económico de la era porfirista había generado amplias expropiaciones y profundos agravios. Gracias a que contaba con el capital y el respaldo político para aprovechar el auge exportador, gente recién llegada confiscó tierras a los yaquis, los nativos de Sonora y otros habitantes establecidos. Al mismo tiempo, la migración atrajo a las tierras fronterizas un número cada vez mayor de familias trabajadoras, las cuales dependían de las exportaciones de las minas, los ranchos ganaderos y las haciendas algodoneras recientemente desarrollados. Después de 1905 muchas de estas familias desarraigadas enfrentaron la declinación del auge que los había atraído hacia el norte, y que provocó salarios menguantes, arrendamientos elevados y creciente desempleo. Después de 1910 los resentimientos de los afectados por las expropiaciones que el auge había promovido, más el descontento de los recién llegados que padecían el colapso, produjeron movilizaciones revolucionarias masivas en las zonas fronterizas.¹⁸

Fue Francisco I. Madero, hijo de una de las familias fronterizas más acomodadas, quien desafió a Porfirio Díaz durante 1910 y 1911. Gran parte del apoyo con que contaba provenía de las regiones del norte. Su derrocamiento y asesinato a principios de 1913, volvió a movilizar a la oposición revolucionaria en esa zona. Los levantamientos generados por la muerte de Madero se concentraron en tres centros fronterizos pero, a la larga, se convirtieron en sólo dos facciones revolucionarias de importancia. En los lugares donde las élites del norte se habían opuesto a Díaz y apoyado a Madero en 1910 —como en Coahuila y Sonora— los movimientos fueron encabezados por los líderes locales que, más tarde, integrarían el movimiento constitucionalista. Por otra parte, en Chihuahua, región dominada por una familia que había apoyado a Díaz en contra de Madero, los Terrazas, y donde el gobernador maderista Abraham González murió asesinado poco después del golpe de estado de Huerta, la movilización popular, que llegaría a convertirse en una de las facciones revolucionarias más radicales, fue acaudillada por Pancho Villa.

Venustiano Carranza era un terrateniente coahuilense que había permanecido al margen de la política durante la época de Díaz. Designado por el régimen maderista, ocupaba el cargo de gobernador de su estado cuando Huerta asumió la Presidencia de manera brutal. Renuente a reconocer al usurpador, Carranza consiguió que el gobierno del estado natal de Madero se rebelara. Al mismo tiempo, las autoridades de Sonora también se rehusaron a reconocer al gobierno impuesto en la ciudad de México. La facción constitucionalista que se consolidó a partir de la fusión de estas rebeliones, pudo organizarse gracias a importantes segmentos de las estructuras estatales prevalecientes. La encabezaron miembros de las élites regionales establecidas y hombres ambiciosos de orígenes no muy elevados. Sostenían sus organizaciones políticas y tropas mediante el mantenimiento e incluso la promoción de una economía exportadora —cuyas actividades económicas resultaban fáciles de gravar para adquirir armamento norteamericano.¹⁹

El programa ideológico de los constitucionalistas era liberal, nacionalista y populista. Liberal porque concebía el futuro de México desde una perspectiva de orden empresarial y capitalista, el cual apoyaba la propiedad privada, el individualismo y una participación limitada de la Iglesia tradicional. Estatista porque demandaba la creación de un fuerte Estado nacionalista, no a partir del aislamiento de México de las influencias externas, sino de la exigencia de un mayor control sobre su política y una inserción mayor en la economía internacional. Y populista porque sostenía que el Estado y las élites económicas debían proporcionar bienestar a las masas.²⁰

Al organizarse como Estado rebelde que buscaba su sustento en una economía comercial orientada hacia la exportación, los constitucionalistas desarrollaron puntos fuertes y débiles en dirección opuesta a la de los zapatistas. En cuanto a las relaciones con su base social, la empobrecida mayoría que habitaba las zonas fronterizas del noreste y noroeste del país, los constitucionalistas eran muy débiles. Prometieron ayudar a los pobres y organiza-

ron un movimiento que los incluía, pero no los tomaron en cuenta en las decisiones cruciales. Carranza insistió en que su Plan de Guadalupe —la carta fundamental del constitucionalismo— no mencionara la reforma agraria.²¹ Por tanto, los pobres participaron en el constitucionalismo primero como contribuyentes y, después, como soldados a sueldo —en espera de lo mejor, pero impotentes para luchar por sus propios intereses.

La fortaleza del constitucionalismo radicaba en su habilidad para utilizar los ingresos de la producción exportable en el mantenimiento de sus tropas, de modo que pudieran operar en todo el país. En 1913 y 1914 hubo momentos en los cuales Carranza perdió el control de Coahuila, su propio estado; sin embargo, sus tropas luchaban en alguna otra parte. Los constitucionalistas demostraron ser la facción revolucionaria de mayor capacidad para utilizar recursos del exterior. Su resonante nacionalismo no era del agrado de Estados Unidos y el Reino Unido, pero su profunda devoción hacia el capitalismo los volvió una mejor opción que los campesinos rebeldes —como los zapatistas. Así, aunque los constitucionalistas no tenían nexos muy estrechos con sus bases sociales, eran más fuertes desde el punto de vista de una ofensiva militar, y más aceptables a los ojos de gobiernos e inversionistas extranjeros involucrados en los asuntos de México. A la larga, ellos triunfarían.

La victoria, sin embargo, se logró después de largos meses de cooperación y conflicto con la otra facción revolucionaria más importante de la zona fronteriza: la comandada por Pancho Villa. El movimiento villista no estaba muy bien definido. Si bien logró reunir entre 1913 y 1914 una de las tropas más numerosas de la etapa revolucionaria al integrar su División del Norte, Villa desapareció rápidamente como contendiente revolucionario de consideración después de 1915. Algunos piensan que, como Zapata, era un líder campesino.²² Desde la perspectiva norteamericana, Villa aparece a menudo como un bandido que incursionó en Columbus, Nuevo México, y que después eludió la expedición de Pershing enviada para escarmen-

tarlo en 1916.²³ Por momentos Villa parece el Zapata del norte; en otros, sólo un bandido. Pero fue mucho más que eso. Organizó y encabezó un movimiento revolucionario poderoso —un movimiento muy efectivo en la destrucción del gobierno de Huerta y el ejército federal que lo sostenía. Pero dentro de la facción villista también existían contradicciones que, a la larga, la desintegraron.

Como Zapata, Villa era partidario de un cambio en el agro y de buscar entre los campesinos tanto el apoyo político necesario como los elementos con los cuales integrar sus tropas. La mayor parte de sus seguidores más devotos eran rancheros del occidente de Chihuahua que habían sido expropiados, así como esforzados aparceros de las regiones exportadoras de algodón de Coahuila y Durango, conocidas como La Laguna. Sin embargo, la base agraria de Villa, distinta a la de Zapata, reflejaba las diferentes tradiciones de la zona norte del país. Entre los partidarios de Villa casi ninguno provenía de grupos con profundas tradiciones prehispánicas y coloniales respecto a la propiedad comunitaria y el separatismo cultural. De hecho, los campesinos pobres de las zonas fronterizas del norte vivían en un mundo donde prevalecía la propiedad privada, y las familias y los individuos estaban menos arraigados —en realidad con características más hispanicas. Las principales quejas apuntaban hacia la restitución de tierras robadas y la creación de pequeñas parcelas —de propiedad privada que utilizarían tanto para sembrar cultivos de subsistencia como productos comercializables. Además, existían conflictos potenciales entre los partidarios agraristas de Villa. Como las tierras que los rancheros demandaban por haberles sido robadas permanecieron algún tiempo en manos de los aparceros inmigrantes, éstos también adquirieron derechos sobre ellas pues las habían hecho producir. Por tanto, hacer justicia respecto a las viejas disputas agrarias ocasionaría conflictos al repartir la tierra de acuerdo con los nuevos reclamos revolucionarios.²⁴

El movimiento de Villa también difería del zapatismo en que nunca fue una facción exclusivamente agraria. Villa incorporó a sus fuerzas a miembros inconformes de la

clase media, así como a las élites fronterizas que se oponían a los terrazas. Asimismo, cooperó con importantes empresas extranjeras, incluidos los intereses de Hearst y de la American Smelting and Refining Company de los Guggenheim. Tales alianzas han llevado a suponer que la orientación social del villismo era similar a la de los constitucionalistas. Ambas facciones incorporaron gentes de todas las clases.²⁵ Pero los constitucionalistas fueron encabezados por élites establecidas que controlaban los restos de las estructuras del antiguo régimen y que desde tiempo atrás se habían negado a escuchar las demandas agrarias. En cambio, los villistas tuvieron como dirigentes a hombres del pueblo, quienes toleraban la colaboración de las clases media y alta, pero que buscaron su mayor apoyo entre los hombres del campo.²⁶

Lo que Villa compartía con los constitucionalistas era un modelo de organización económica y militar cuyo objetivo se cifró en el triunfo revolucionario. Villa también sostenía a su facción mediante una activa promoción de productos comerciales y de exportación. Organizó un Estado raquíptico y sostuvo un ejército a sueldo mediante complicados sistemas de suministro y apoyo médico. Tales organizaciones de tipo comercial y estatal reflejaban no sólo la tradición histórica de las zonas fronterizas, sino también su intención de competir con Carranza por la hegemonía regional y el poder nacional. Asimismo, la clara visión militar de Villa acerca de la confrontación revolucionaria le permitió integrar y mantener tropas cuantiosas y eficientes.²⁷

Si bien los medios seleccionados por Villa respecto al apoyo económico y la organización militar lo fortalecieron en el campo de batalla, también profundizaron las contradicciones imperantes en su facción. Para reclutar a miles de combatientes comprometidos, Villa propaló una visión del campo mexicano radicalmente distinta. Para allegarse los fondos que requerían las tropas y mantenerlas en el campo —incluso lejos de su hogar— Villa se vio obligado a preservar las estructuras existentes en su base fronteriza. Y tuvo que ganarse al menos la colaboración de las

élites mexicanas y extranjeras que dominaban la economía de esas regiones. En resumen, Villa trató de incorporar en una sola facción tanto a los beneficiarios como a las víctimas del modelo de desarrollo implantado por Díaz en las zonas fronterizas. Por algún tiempo lo consiguió, al concentrar todos sus esfuerzos en la oposición a Huerta y en la integración del ejército revolucionario más grande de México.

Sin embargo, con el tiempo y ante las dificultades militares, las contradicciones demolieron al movimiento villista. Las debilidades se evidenciaron desde el principio, pues Villa carecía de un programa definido; por tanto, no pudo pronunciarse por una ideología revolucionaria inequívoca. Hacerlo habría separado de manera inevitable a algunos segmentos de su coalición. En consecuencia, mientras Zapata peleó decididamente por reconstruir los fondos de las comunidades campesinas y Carranza se proponía alcanzar una visión de México más nacionalista y capitalista, Villa adoptó una postura vacilante. Si bien eran conocidas sus simpatías por la mayoría empobrecida, sus programas para el futuro de México permanecieron en la sombra.

Villa proclamó varias veces su compromiso con los campesinos pobres. A menudo se refirió a las zonas fronterizas como lugares donde no habría grandes propiedades sino tierras repartidas entre ranchos modestos, propiedad de familias que las trabajaran y defendieran. Pero cuando estuvo en posibilidades de emprender este proyecto, entre 1914 y 1915, comprendió que llevar a cabo el ideal del ranchero terminaría con su ejército. La división de las propiedades y la distribución de la tierra habrían dislocado la economía comercial de exportación que, hasta entonces, sustentaba la eficacia de las tropas fuera de sus bases. Con tan sólo iniciar semejante transformación, habría perdido el apoyo de las élites acomodadas tanto mexicanas como del exterior, pues éstas dominaban la economía fronteriza. Asimismo, la redistribución agraria habría dado a sus tropas razones suficientes para abandonar el ejército y regresar a sus hogares a reclamar sus tierras y defen-

derlas. La inmediata distribución habría convertido al movimiento villista en algo muy similar al de Zapata —fuerte localmente y a la defensiva. Pero Villa competía con los constitucionalistas no sólo en crear y mantener ejércitos móviles con base en la producción de exportaciones, sino también en el intento por derribar a un régimen distante que se asentaba en la ciudad de México. Villa necesitaba de poder ofensivo, lo cual obstaculizó el cumplimiento de sus compromisos con los campesinos.

Lo mejor que Villa pudo hacer fue comprometerse. Sus fuerzas reclamaban las enormes propiedades de los Terrazas y de otras élites opuestas al movimiento. No obstante, las dejó intactas y las manejó como propiedades revolucionarias para llevar a cabo grandes operaciones comerciales, a menudo de exportación, con el fin de mantener a sus tropas. Las condiciones de trabajo probablemente mejoraron durante la administración revolucionaria, pero la estructura económica no varió. Villa prometió que en cuanto triunfara su movimiento, las propiedades se dividirían entre los veteranos de sus tropas y entre las viudas y huérfanos de los caídos en campaña. Con el fin de beneficiarse de la pospuesta reforma agraria de Villa, los habitantes de estas zonas se vieron obligados a unirse a sus tropas. El objetivo era, por supuesto, aumentar lo más posible el poder militar en una región donde prevalecían profundos resentimientos agrarios.²⁸

Sin embargo, con el compromiso aparecieron las obligaciones. Los oponentes de Villa pudieron desafiarlo en cuanto a las cuestiones agrarias: denunciaron la ausencia de un cambio estructural en las regiones donde gobernaba. Además, quienes decidieron no combatir quedaban excluidos de los planes de reforma agraria villista, lo cual debilitó los nexos entre sus tropas y la gente a la que supuestamente servía. Si las tropas de Villa eran derrotadas, habría dificultades. Ninguna ganancia social animaba a los villistas y a sus partidarios a combatir tenazmente —como en el caso de los zapatistas—, pues el triunfo militar se hallaba fuera de su alcance. Por tanto, Pancho Villa integró y dirigió una facción capaz de incorporar a gran número

de tropas, muy poderosas y con capacidad de movilización, pero sujetas a un rápido colapso en caso de enfrentar circunstancias adversas.

Constitucionalistas y villistas formaron los movimientos revolucionarios más poderosos, aunque no los únicos, cuyas bases se encontraban en el norte hacia el año de 1913. Asimismo, hubo muchos pequeños grupos a los que a menudo impulsaban resentimientos agrarios, pero cuyas acciones eran limitadas por la necesidad de operar dentro de un contexto revolucionario que, en el norte, siempre definió la competencia entre las dos facciones dominantes. Desde tiempo atrás los yaquis de Sonora se habían mostrado como un grupo separado, y aunque con frecuencia trabajaba dentro de la economía comercial y había adoptado la fe cristiana, se resistía con fiereza a incorporarse cultural y políticamente al mundo hispano. El auge de las zonas fronterizas durante el porfiriato provocó la expropiación de muchas de las mejores tierras del valle del Yaqui, lo cual desató conflictos violentos que acarrearón una brutal represión y la deportación de muchos yaquis a la lejana zona de Yucatán. Durante tales combates los yaquis se enfrentaron principalmente con las odiadas tropas federales. Por tanto, muchos estaban preparados para unirse a los constitucionalistas sonorenses contra los federales que mandaba Huerta en 1913. Las fuerzas yaquis resultaron de singular importancia en las primeras victorias constitucionalistas del noroeste.

Como compensación, los yaquis esperaban que se atendieran sus reclamos tradicionales sobre las tierras y su autonomía local. Sin embargo, los líderes constitucionalistas en Sonora provenían de las clases favorecidas y eran beneficiarios de las tierras confiscadas a los yaquis. Además, el movimiento insistió en mantener la producción comercial y de exportación en esas tierras con el fin de sostener a las tropas. Por tanto, como en el caso del villismo, cuando los constitucionalistas de Sonora confiscaron propiedades, no redistribuyeron las tierras. Los yaquis se sintieron defraudados y muchos se rehusaron a continuar en la lucha, marchándose hacia el sur. Sin embargo, un buen

número permaneció en su tierra natal; sus objetivos profundamente agrarios resultaban incompatibles con el constitucionalismo. No obstante, el dominio de los constitucionalistas sobre sus tierras —y el profundo odio hacia los federales— evitó que se pasaran a la oposición. Sólo pudieron quedarse en sus hogares —a menudo como simpatizantes de Villa, quien al menos prometía una futura redistribución—, frustrados porque el movimiento que habían ayudado a encumbrar se rehusaba a hacer efectivas sus demandas.²⁹

Al este de San Luis Potosí se desarrolló un movimiento agrario diferente, encabezado por Saturnino Cedillo y sus hermanos. Los Cedillo eran rancharos y pequeños propietarios, y se hallaban en conflicto con las grandes empresas que dominaban su región tanto desde el punto de vista económico como político. Sus diferencias con las élites locales los llevaron a luchar no sólo por los intereses de otros rancharos, sino también a defender los derechos de los dependientes de las grandes propiedades —especialmente los de muchos aparceros que soñaban con explotar un rancho de su propiedad. Habían apoyado a Madero en 1910 y 1911 —y se habían rebelado contra él en septiembre de 1912, en protesta por la falta de distribución de las tierras. Por tanto, los Cedillo y sus aliados agrarios, quienes ya se habían levantado en armas cuando en 1913 se generalizaron las rebeliones, saquearon las propiedades locales y, siempre que les fue posible, echaron a los propietarios y permitieron que los aparceros cultivaran las tierras por cuenta propia. Los cedillistas producían en primer lugar para su subsistencia, pero continuaron también con la producción local de fibras de ixtle para exportarlas y adquirir armas. Si bien admiraban a Zapata, debían lidiar con dos auténticos problemas en el norte: los constitucionalistas y los villistas. Los Cedillo entendieron con claridad que los aliados más cercanos de Carranza en San Luis Potosí eran terratenientes, tales como la familia Barragán. Sin embargo, encabezaron un firme movimiento agrario mediante el cual demandaban la redistribución de la tierra, e hicieron todo lo que estuvo en sus manos para resolver los con-

flictos. Asimismo, evitaron que Huerta ejerciera un poder efectivo en las zonas rurales de San Luis Potosí. Más adelante, cuando se vieron obligados a escoger, se unieron a Villa y enfrentaron a los constitucionalistas.³⁰

Desde principios de 1913 y hasta el verano de 1914, los conflictos revolucionarios se concentraron en derrocar al régimen de Huerta. Constitucionalistas, villistas, zapatas y muchas otras pequeñas facciones combatieron con energía para eliminar a quienes trataban de reimponer el sistema de Díaz. Sin embargo, estas facciones no siempre procedieron en armonía. Cada una se preocupaba por los conflictos que generarían los diversos planes para la reconstrucción posrevolucionaria. No obstante, ocultaron sus diferencias y se concentraron en luchar contra el enemigo común; por ejemplo, Villa fingió someterse a Carranza. Las tropas del norte no sabían nada acerca de Zapata, demasiado lejos, pero estaban al tanto de que la amenaza zapata emplazada justo al sur de la capital, había evitado un fuerte movimiento federal contra las zonas fronterizas.

Al proliferar los movimientos opositores, el ejército huertista no pudo combatir a todos. El momento crucial sobrevino entre marzo y abril de 1914, durante las sangrientas batallas que enfrentaron a federalistas y villistas en los alrededores de Torreón. Las victorias de Villa despojaron a Huerta de toda posibilidad de mando en las zonas fronterizas, y abrió el camino para que las tropas del norte marcharan hacia la capital.³¹ Asimismo, en abril de 1914, la marina norteamericana capturó Veracruz para manifestar la creciente desaprobación de Woodrow Wilson al régimen de Huerta —una intervención que demostró la falta de control del régimen huertista sobre el principal puerto del país, pero que también le permitió adoptar una posición de nacionalismo agraviado.³²

Huerta no pudo sobreponerse a las confrontaciones desatadas por múltiples facciones revolucionarias, innumerables revueltas locales y la oposición de Estados Unidos. Así, renunció y abandonó México en julio de 1914, dejando que sus subordinados enfrentaran a las fuerzas revolucionarias que se dirigían hacia la capital.

La eliminación del régimen de Huerta y la retirada del antiguo gobierno no terminaron, sin embargo, con la confrontación revolucionaria. En realidad, la modificaron de manera radical. Ahora las facciones, cada una con diferentes bases regionales, diversos intereses de clase y programas contradictorios, comenzaron a maniobrar para convertirse en el nuevo Estado nacional. El conflicto resultante duró un año más y ocasionó cuando menos 200 000 bajas adicionales.³³

Al principio las manipulaciones revolucionarias se manifestaron de dos maneras: por un lado, las facciones negociaban; por el otro, trataban de ganar ventajas militares estratégicas.³⁴ En julio Villa y Álvaro Obregón —el principal general constitucionalista— se reunieron en Torreón, en un intento por unificar las zonas fronterizas. Villa propuso establecer un compromiso respecto a la reforma agraria y el nombramiento de Carranza como presidente interino —lo cual lo eliminaba para un subsecuente período presidencial. Obregón accedió en Torreón, pero Carranza rechazó el convenio, se negó a reconocer las demandas agrarias, así como la limitación de sus ambiciones políticas.³⁵

La unidad revolucionaria entre las dos principales facciones fronterizas fue, en el mejor de los casos, sólo verbal, pues ambas trataron de ocupar la capital en agosto. Las tropas de Villa habían luchado en la vanguardia durante las terribles campañas para eliminar a Huerta, pero los carrancistas fueron quienes los obligaron a replegarse a la ciudad de México. En parte, la ventaja constitucionalista consistía en la preocupación de Villa por consolidar sus bases en las zonas fronterizas. Pero Carranza y sus aliados también conspiraron para bloquear el acceso de Villa a la capital —en tanto que los oficiales de la aduana norteamericana de El Paso, le limitaron el acceso al carbón que necesitaba para transportar rápidamente, en tren, sus tropas hacia el sur. Con la caída de Huerta se agravó el conflicto entre villistas y carrancistas —y también comenzó a manifestarse cierta preferencia de Estados Unidos por los constitucionalistas.³⁶

A medida que los constitucionalistas se aproximaban a la capital, negociaron un acuerdo muy relevante con las fuerzas federales que protegían la ciudad. Los restos de las tropas huertistas fortificarían el flanco sur de la ciudad para prevenir una ocupación zapatista; de esta manera se garantizaba que serían los constitucionalistas quienes se apoderarían de la ciudad de México.³⁷ Tanto los huertistas como los constitucionalistas estaban prestos a pelear por el poder político, pero ambos movimientos se apoyaban en las clases medias y altas de México, las cuales se oponían vigorosamente al zapatismo y sus obstinados reclamos agrarios. En septiembre Zapata exigió a Carranza reconocer el Plan de Ayala como sustento de cualquier unidad revolucionaria. Carranza se rehusó, así que los zapatistas insistieron en la entrega inmediata de las tierras a los campesinos de México, y esto consumó la completa ruptura entre carrancistas y zapatistas.³⁸

Con el fin de resolver los conflictos entre las distintas facciones —o quizá sólo para esclarecerlas antes de volver a combatir—, en octubre de 1914 se llevó a cabo una convención de líderes revolucionarios en Aguascalientes. No obstante, ninguno de los tres líderes principales, Carranza, Zapata y Villa, participaron personalmente, si bien este último permaneció en las cercanías con algunas tropas. Semanas de intensa retórica y negociaciones solapadas demostraron que Villa y Zapata podían aliarse, pues compartían amplios compromisos agrarios y su apoyo provenía de las clases sociales bajas. Sin embargo, no pudieron integrar ni un gobierno ni un programa revolucionarios que, a la vez, resultaran efectivos e inequívocos. Las limitaciones de la alianza villista-zapatista durante la Convención de Aguascalientes, reflejó las profundas diferencias históricas existentes entre las demandas agrarias de los campesinos de la zona montañosa central y las de los rancharos de las zonas fronterizas —así como la inclusión, por parte de Villa, de intereses conservadores en su facción. Los conservadores, encabezados por Felipe Ángeles, destacaron entre los delegados de Villa a la Convención. Sin embargo, en el otoño de 1914 Villa no podía arriesgarse

a perder el apoyo económico y militar de este sector a cambio de una relación más estrecha con sus propias bases agrarias y una alianza efectiva con los zapatistas. Por tanto, las diferencias regionales y las contradicciones del propio villismo obstaculizaron la integración de una unidad agraria en 1914.

Aun una limitada alianza de Villa y Zapata, con sus retóricas declaraciones en pro de una transformación agraria, fue censurada por Carranza, cuyo liderazgo también resultó ampliamente rechazado por los agraristas. Carranza provocó la escisión final cuando se rehusó a reconocer al gobierno de la Convención. Asimismo, Obregón, después de presionar a Carranza para que al menos considerara las cuestiones agrarias, se le unió una vez que la ruptura se consumó a finales de noviembre. Obregón comprendía la importancia política de los reclamos agrarios, pues provenía del centro mismo de los conflictos enfrentados por los yaquis; pero consideraba a los líderes agrarios de las clases bajas —incluidos Villa y Zapata— como meros bandidos. Según Obregón, las demandas agrarias debieron incorporarse, pero no sus líderes agrarios independientes, a quienes no concedía ninguna posibilidad de gobierno.³⁹

Además de reunir a las facciones revolucionarias con diferentes bases, la Convención de Aguascalientes sirvió para constatar que se dirimía también un conflicto de clases. La confabulación de constitucionalistas y huertistas contra Zapata era a todas luces una acción de clase. La alianza entre zapatistas y villistas representaba una alianza de clase, cuya debilidad fue ocasionada en gran medida por la diversidad regional que separó a las clases bajas en todo el país. Así, a medida que las principales facciones tomaban partido para otra confrontación militar, también tuvieron que hacerlo movimientos más pequeños. La mayoría de los nacidos en el norte y con fuertes bases agrarias, como los Cedillo, se pronunciaron por Villa y el gobierno de la Convención. Los rebeldes de las zonas montañosas del centro y con raíces campesinas, como el tlaxcalteca Domingo Arenas, se decidió por Zapata y la Convención. Mientras tanto, un rival de Arenas, Máximo Rojas, también

de Tlaxcala —con un séquito agrario pero con ambiciones políticas más claras— permaneció al lado de los constitucionalistas.⁴⁰

En un estudio muy completo de la década revolucionaria comprendida entre 1910 y 1920, Alan Knight sostiene que estas facciones pueden entenderse mejor si se las considera como movimientos divididos por las ambiciones de sus líderes y por los diferentes conceptos desde los cuales percibían la Revolución. Desde la perspectiva de Knight, la concepción constitucionalista fue nacional, en tanto la de los villistas, zapatistas y algunos otros contenía una visión regional limitada.⁴¹ Sin embargo, las diferencias de clase quedaban en segundo plano frente a los conflictos desatados por las ambiciones de los líderes, que se expresaban en sus distintas concepciones. Ya se han descrito las diferentes clases de partidarios que integraban las facciones de base regional, y subrayado que las relaciones de clase son un fenómeno regional en una nación tan heterogénea como México. Los conflictivos objetivos de clase propiciados por las ideologías de las facciones también han sido destacados. El hecho de que los carrancistas hayan tenido un concepto más nacional obedeció a que el constitucionalismo representaba los intereses de las clases media y alta. El concepto zapatista resultó provinciano debido a que las vidas de los campesinos se hallaban históricamente constreñidas a una cierta región. Asimismo, el concepto villista fue contradictorio —algunas veces nacional e incluso internacional, pero a menudo provinciano— a consecuencia de la discordante composición de clases en su movimiento.

Incluso los conflictos personales adquirían dimensiones de clase. Carranza y Villa se detestaban, debido en parte a sus orígenes tan distintos y también a las diferentes orientaciones de clase de sus movimientos. Varias veces sus conflictos se agudizaron sobre la cuestión de si la distribución de la tierra debía ser el concepto fundamental del movimiento revolucionario. El problema de clase también era obvio en la actitud de Carranza y Obregón hacia Zapata, a quien consideraban un rústico bandido. Al res-

pecto, lo que más resintieron de éste fue su inquebrantable insistencia en que los campesinos y los habitantes de las comunidades pusieran en práctica una reforma agraria de manera inmediata e independiente.

La confrontación revolucionaria en México no puede explicarse como un conflicto entre dos o tres clases nacionales.⁴² En 1914 las relaciones entre las clases variaban en cada región del país y, por tanto, los conflictos con base en las clases se manifestaron a partir de la integración regional de las facciones. Eso no restó importancia al conflicto de clases en la Revolución mexicana, sólo lo hizo más complejo.

Hacia finales de 1914 las cuestiones de clase habían generado la toma de partidos que pronto se medirían en el campo de batalla. Durante los siguientes seis meses se evidenció que los constitucionalistas, quienes agrupaban a las clases media y alta, obtendrían una mayor unidad nacional y respaldo internacional, en tanto que los zapatistas —apoyados por las clases bajas— y los villistas —por múltiples clases— permanecerían divididos regionalmente y aislados desde el punto de vista internacional. Esas diferencias de clase de raíces históricas respecto a la unidad entre las clases y el apoyo del exterior, determinarían el rumbo de la Revolución.

En diciembre de 1914 la confrontación revolucionaria entró en una nueva fase. Los constitucionalistas otorgaron una ventaja importante a los agraristas al abandonar la ciudad de México: los radicales dominaron entonces casi toda la zona interior montañosa, desde los refugios zapatistas al sur de la ciudad de México hasta las zonas fronterizas centrales leales a los villistas. A principios de diciembre Villa y Zapata se entrevistaron en Xochimilco, en las afueras de la capital, y coincidieron en la necesidad de dividir las grandes propiedades, eliminar a Carranza, y trasladarse conjuntamente hacia el este para combatir a las fuerzas constitucionalistas que se encontraban a lo largo del Golfo y en Veracruz.

No obstante, la alianza volvió a demostrar su debilidad. El 10 de diciembre, poco después de acordar el desplaza-

miento hacia el este, Villa condujo al grueso de sus tropas hacia el noroeste, al Bajío —preocupado, evidentemente, por consolidar primero los vínculos con sus reductos fronterizos. Zapata sí envió tropas hacia el este y capturó la ciudad de Puebla el 16 de diciembre; sin embargo, no dejó de quejarse de la poca ayuda prestada por Villa. Sin la coordinación y asistencia villista, la limitada capacidad ofensiva de Zapata dificultó mantener el control sobre Puebla. En consecuencia, moverse hacia el este en pos de las fuerzas carrancistas resultó imposible.⁴³ La frágil alianza agraria había demostrado sus cortos alcances.

¿Por qué las dos facciones más identificadas con los intereses campesinos no consiguieron unirse para alcanzar el poder nacional? Son muchas las respuestas posibles. Adolfo Gilly sostiene que los campesinos carecían de la estructura necesaria para conducir a la victoria a una revolución nacional.⁴⁴ Alan Knight descalifica a los campesinos por su visión tan provinciana.⁴⁵ Pero la falta de unidad agraria no obedeció ni a incapacidad de clase ni a una visión restringida por parte de los líderes agrarios.

Diferencias reales dividían tanto a villistas como a zapatistas, diferencias que reflejan las variantes regionales de las relaciones entre las clases. Tanto Villa como Zapata encabezaron movimientos sustentados en los campesinos pobres de sus regiones. Para Zapata eso significaba buscar tierras y autonomía para los campesinos de las comunidades. Para Villa, demandar pequeñas propiedades para las familias de los rancharos. Así, mientras Zapata montó un movimiento guerrillero atrincherado y a la defensiva en las comunidades de Morelos, Villa organizó tropas ofensivas capaces de desplazarse y luchar lejos de las zonas fronterizas. Por tanto, Zapata podía llevar a efecto de inmediato la reforma agraria, pero Villa no tenía más remedio que posponerla. La diferencia entre ambos movimientos no obedeció a conceptos limitados por parte de sus líderes. Diferían en que Zapata y Villa tenían una clara visión de cuáles eran las demandas reales de sus seguidores. Su capacidad de dar respuesta a los reclamos regionales confirió fuerza a sus movimientos. Pero esa misma claridad

de percepción limitaba las posibilidades de lograr una alianza efectiva —un resultado restringido, además, por la continua inclusión por parte de Villa de intereses conservadores dentro de su facción.

Tales diferencias se manifestaron muy pronto, a principios de enero de 1915, cuando la Convención se reunió de nuevo en la ciudad de México, ahora como un congreso villista-zapatista. Los representantes de Zapata volvieron a insistir en una inmediata redistribución de las tierras, la cual emprenderían las comunidades. Asimismo, demandaban un régimen nacional parlamentario necesariamente débil en el centro. En contraste, los villistas persistían en posponer y dejar en manos del Estado la reforma agraria —pues una redistribución inmediata afectaría a las tropas de Villa y significaría la pérdida de su apoyo económico más importante. Los villistas también propusieron un Estado poderoso para el futuro del país.⁴⁶ Así, no se logró ninguna clase de unión. Hacia finales de enero, a medida que los constitucionalistas se aproximaban de nuevo a la capital, los zapatistas se replegaron hasta Morelos, llevándose a la Convención con ellos. Villa nombró entonces a su propio gabinete, y con ello no sólo negó su reconocimiento a la Convención, sino que clausuró la posibilidad de unidad agraria.⁴⁷ Las diferencias regionales de clase habían prevalecido.

Esto facilitó el camino a un rápido resurgimiento constitucionalista. A principios de 1915 Carranza, Obregón y sus subordinados no carecían de recursos. Construido sobre bases regionales en Coahuila y Sonora y con Huerta fuera del escenario, el constitucionalismo obtuvo la participación de muchos miembros de las clases media y alta mexicanas, las cuales encontraron en éste un programa nacionalista y capitalista más aceptable que las radicales propuestas agraristas de Villa y, especialmente, de Zapata. Sin embargo, ambas clases, en una sociedad de inequidades extremas y pobreza masiva, no pudieron proporcionar al movimiento una base social mayoritaria.

Pese a todo, los vínculos internacionales permitieron a los constitucionalistas sobreponerse a las limitaciones

que su base social representaba dentro de México. Carranza proclamó su nacionalismo a voz en cuello. Insistió públicamente en que los extranjeros no determinarían la política mexicana, además de exigir que los mexicanos jugaran un papel más poderoso en la creciente participación del país en la economía internacional. No obstante, el nacionalismo de Carranza no le impidió allegarse armas y reconocimiento por parte de Estados Unidos. Asimismo, el nacionalismo de los constitucionalistas de ningún modo se opuso a la inserción cada vez más profunda de México en la economía capitalista mundial. De hecho, Carranza organizó su facción revolucionaria y después su régimen sobre bases de extrema dependencia de actividades económicas vinculadas con el exterior.

Las fuerzas de ocupación de Estados Unidos evacuaron el puerto de Veracruz, un punto crucial para los constitucionalistas, a finales de 1914, justo cuando Carranza rompió con la Convención. John Hart sostuvo recientemente que la entrega del puerto de Veracruz a los constitucionalistas era uno de los principales aspectos de una nueva campaña de la administración de Wilson para apoyar a Carranza, pues consideraba a este líder revolucionario el más aceptable para los intereses económicos norteamericanos en México. Hart también ha demostrado que Estados Unidos no sólo entregó el puerto a Carranza, sino además un amplio suministro de armas y municiones —con el fin de fortalecer a los constitucionalistas, en tanto limitaba la adquisición villista de armamentos a través de la frontera norte.⁴⁸

El control del puerto de Veracruz también proporcionó a los constitucionalistas un punto de acceso a los mercados mundiales. Apostados a lo largo del Golfo, combatieron para obtener el control de los ingresos generados por dos de las exportaciones más importantes de México: el petróleo y el henequén. Los constitucionalistas se apoderaron de Tampico, el primer puerto exportador de petróleo de México, durante el otoño de 1914 y lo defendieron de los villistas hasta obtener una victoria definitiva en marzo de 1915. Por otra parte, los pronunciamientos nacionalis-

tas acerca de los derechos de México sobre su petróleo contribuyeron a presionar a las compañías petroleras de extranjeros, con el fin de introducir impuestos y pagos de regalías más elevados, en tanto la gran guerra en Europa elevaba la demanda.⁴⁹

Desde finales de 1914 hasta marzo de 1915 Carranza se esforzó por controlar Yucatán y gravar las exportaciones de henequén, estimuladas también por la guerra. En marzo de 1915 Salvador Alvarado, otro sonoreense, encabezó una fuerza constitucionalista de 6 000 hombres para incorporar Yucatán a las regiones carrancistas. Como en el estado no había surgido ningún movimiento agrario, fueron las fuerzas constitucionalistas las que llevaron ahí a la Revolución. De modo que esa región exportadora proporcionó ingresos que expandieron y sostuvieron a las fuerzas de Carranza durante las cruciales batallas libradas en el centro y norte de México.⁵⁰

Como contaban con armas e ingresos provenientes de las exportaciones, los constitucionalistas dispusieron de recursos para reafirmar su poder. No obstante, necesitaban ampliar su base social dentro del país: los recursos externos eran importantes pero de ninguna manera suficientes para llegar al poder. A principios de 1915 Carranza, en busca de apoyo adicional, accedió al consejo de Obregón, su general más importante y de Luis Cabrera, su principal ideólogo, quienes sostenían que la única manera de lidiar con Villa y Zapata en el contexto nacional era mediante la proposición de un programa constitucionalista con un fuerte contenido agrario. En consecuencia, se giró hacia una política populista que ofrecía programas diseñados por los poderosos para atraer el apoyo político de los pobres.

Carranza consideró con renuencia esa limitada inclinación hacia las masas, y sólo la emprendió por razones políticas. A medida que los constitucionalistas combatían rumbo a la capital, se apoderaron de Tlaxcala el 1º de enero de 1915, y de Puebla cuatro días después. Por tanto, controlaban ciudades y regiones estratégicas que en el campo gobernaban los pobladores descontentos y donde los

reclamos agrarios dominaban toda discusión política. Carranza pudo consolidar su poder sólo mediante un programa agrario. El 6 de enero, un momento decisivo, emitió decretos que permitían a los comandantes constitucionalistas regresar las tierras en disputa a los pobladores — derechos que quedarían sujetos a la aprobación final de Carranza. Desde luego, éste insistió en que su reforma fuera controlada por el Estado. En febrero de 1915 sus comandantes, en especial el general Francisco Coss, ganaron cierto apoyo agrario local en la región de Puebla-Tlaxcala, mediante una redistribución activa de la tierra.

Los decretos del 6 de enero se convirtieron en una astuta maniobra política, cuyo fin evidente era obtener ganancias inmediatas en regiones donde existían conflictos agrarios profundos, así como atraer hacia la facción constitucionalista a los campesinos rebeldes de todo el país. Fue una estrategia populista clásica, mediante la cual se introdujeron pequeñas reformas con el fin de apaciguar los ánimos y evitar los cambios más radicales que podrían haber emprendido las masas. Como estrategia dentro de la confrontación revolucionaria, resultó efectiva, pues permitió a los constitucionalistas consolidar su poder en la cuenca de Puebla y de ahí retomar la ciudad de México en febrero de 1915.⁵¹

Una vez en la capital, Obregón condujo a los constitucionalistas a otra alianza populista. La Casa del Obrero Mundial —la cual representaba a los trabajadores urbanos organizados— se unió a los constitucionalistas y aportó respaldo político, brigadas de combate y una demanda ideológica de mayor apoyo a los trabajadores. Mucho se ha discutido acerca de por qué los trabajadores urbanos decidieron este respaldo en vez de concederlo a los villistas o los zapatistas. Sin embargo, las razones son claras. Los trabajadores urbanos organizados vivían en un mundo de rápida comercialización e industrialización, al cual los constitucionalistas representaban y promovían. Los conflictos fundamentales entre ese mundo y la utopía agraria a que aspiraban los radicales del campo se tornó evidente en febrero de 1915, cuando los zapatistas cor-

taron el suministro de agua y restringieron las provisiones de alimentos para la capital. Desde tiempo atrás los campesinos resentían la extracción de los alimentos que producían para sostener a una sociedad urbana —en tanto ellos permanecían hambrientos. Los trabajadores organizados formaban parte de una sociedad urbana y los conflictivos intereses económicos que los separaban de los radicales agrarios, comprendían contradicciones culturales —los líderes obreros de la ciudad se sorprendieron de la profunda religiosidad de los zapatistas cuando éstos invadieron la ciudad de México.

No se produjo una alianza natural entre los trabajadores urbanos y los campesinos revolucionarios. En tanto, el nacionalismo constitucionalista pudo atraer a muchos trabajadores industriales cuyas quejas se dirigían con frecuencia hacia el mal trato de que eran objeto por parte de los administradores y capitalistas extranjeros. Como compartían un compromiso con el México comercial e industrial y una visión nacionalista sobre ese compromiso, y como se oponían también a las concepciones radicales agrarias, anticomerciales e imbuidas de religiosidad, los líderes obreros y los de los constitucionalistas se unieron a principios de 1915.⁵²

Mientras los constitucionalistas expandían su coalición e integraban su base económica y las batallas más importantes se aproximaban, villistas y zapatistas permanecían divididos. En marzo Obregón abandonó de nuevo la capital para organizar la confrontación decisiva y la Convención regresó. Zapatistas y villistas continuaron su debate sobre si la reforma agraria debía instrumentarse de inmediato o posponerse, y cómo debería organizarse. Asimismo, cada facción continuó quejándose —con razón— de la falta de ayuda mutua.⁵³

En tanto, los constitucionalistas trataron de evitar las divisiones que se desarrollarían a partir de su nueva política populista. A muchos partidarios de Carranza de las clases altas y empresariales les preocupaban las nuevas promesas hechas a los estratos bajos. En abril de 1915 Carranza respondió a los temores de las clases superiores:

proclamó su indeclinable apoyo a los derechos sobre la propiedad privada.⁵⁴ En el corto lapso de cuatro meses Carranza prometió, primero, repartir la tierra a los campesinos y, en seguida, proteger los derechos de propiedad existentes. Éstos eran compromisos políticos —posiciones convenientes con las cuales resultaba más fácil comprometerse, en lugar de las profundas obligaciones sociales que guiaban a los zapatistas y, hasta cierto punto, a los villistas. A medida que el verano de 1915 se aproximaba, la coalición populista representada por los constitucionalistas se integró, en tanto que los compromisos sociales con bases regionales mantuvieron divididos a los revolucionarios agraristas.

A principios de abril Obregón llevó a cabo una serie de batallas decisivas contra Villa en el Bajío, primero en Celaya y después en León. Con sus tropas aún dispersas en el norte y sin la ayuda zapatista, Villa enfrentó sangrientos fracasos y derrotas definitivas. En medio de esas batallas Villa finalmente reconoció la necesidad de un programa agrario definido —y prometió pequeñas propiedades a los pobres—, pero era demasiado tarde.⁵⁵ Como Villa luchaba solo contra las tropas de Obregón —cuyos vínculos con el exterior se manifestaron en la adopción de técnicas de combate de trincheras semejantes a las empleadas en Europa—, en junio las tropas de Villa sufrieron una derrota definitiva en las afueras de León.⁵⁶ Las facciones populares, divididas, no pudieron luchar contra un movimiento populista unificado y que disponía de armamento e ingresos de una economía externa en auge. En la confrontación revolucionaria mexicana, las divisiones entre insurgentes con bases regionales que representaban a los desposeídos del campo, permitieron el triunfo de los populistas con ingresos del exterior, armas y recursos.

Hacia el verano de 1915 los constitucionalistas se trasladaron al campo de batalla del Bajío para consolidar su victoria, y se convirtieron en el nuevo Estado mexicano. Estados Unidos otorgó su reconocimiento *de facto* al régimen de Carranza en octubre. No se eliminó a villistas ni a zapatistas, pero se les confinó a ciertos enclaves regio-

nales. El conflicto no terminó —la violencia perduraría a lo largo de la década de los veinte—, pero se definió la cuestión básica sobre el Estado nacional. Las batallas posteriores se concentraron en cómo manejaría el nuevo Estado a los vencidos, mas no eliminados, y cómo se emprenderían las promesas que los constitucionalistas hicieron para convertirse en ese Estado. Durante las batallas del Bajío cada facción consideró con detenimiento sus programas. Los zapatistas casi no cambiaron; siempre fieles a los objetivos de los habitantes de Morelos, persistieron en demandar la restitución inmediata de la tierra a los campesinos. Villa inició el movimiento hacia la consecución de una base agraria en medio de una batalla; asimismo, rompió con muchos de los miembros más conservadores de su coalición. Por tanto, villistas y zapatistas se aproximaron. En octubre de 1915 quienes aún permanecían en la Convención finalmente elaboraron un programa común. En él se proclamaba la restitución de la tierra a quien la trabajara, se autorizaban tanto las pequeñas propiedades como los fundos comunitarios y se apoyaba a un gobierno sustentado en la autonomía de los municipios, coordinado por un régimen parlamentario sensible a los intereses locales y regionales. Además, un campesinado armado sustituiría al ejército —organizado más para evitar la explotación social que para lidiar con las amenazas externas.⁵⁷

No obstante, Villa y Zapata llegaron a este acuerdo demasiado tarde. Ambos estaban ahora separados y aislados en sus propios territorios, operaban a la defensiva con base en guerrillas y llevaban a cabo acciones ofensivas coordinadas contra los constitucionalistas para impedir el surgimiento del Estado. Los obstinados agraristas combatían para presionar al nuevo régimen —para dejar en claro que la victoria no era lo mismo que la pacificación y que ésta no sobrevendría sin una transformación en el campo. No obstante, después de 1915 no se vislumbraba ninguna victoria agrarista radical. Los conceptos unificadores de esos meses permanecerían sólo como conceptos. Quienes pelearon por los intereses de los desheredados del campo no llegarían a formar parte del Estado mexicano.

La victoria hizo a los constitucionalistas reconsiderar sus prioridades. Las demandas en pro de una reforma agraria, muy pronunciadas en enero, comenzaron a declinar. Carranza reconfirmó a los terratenientes que respetaban sus derechos de propiedad e incluyó a muchos de ellos en puestos de liderazgo dentro de su régimen, especialmente en las provincias. Asimismo, demostró su compromiso con los hacendados cuando hacia finales de 1915 y principios de 1916, les devolvió las tierras confiscadas por sus tropas durante el conflicto armado. Por ejemplo en Tlaxcala, un punto estratégico en el cual la redistribución de la tierra había sido decisiva para el triunfo constitucionalista, Carranza pospuso mucho tiempo la aprobación final de numerosas restituciones, hechas por sus comandantes, cuando la Revolución se hallaba en suspenso a principios de 1915. Muchos nunca recibieron la confirmación, o las tierras asignadas se redujeron a un área insignificante. Sin embargo, para Carranza la reforma agraria comenzó a adquirir otro significado: aumentar la producción para satisfacer el consumo urbano y obtener ganancias derivadas de la exportación. En esto consistía la fuerza de las viejas élites terratenientes.⁵⁸ En realidad, la reforma agraria del carrancismo se ocupó de los intereses de los sectores urbanos y empresariales de la sociedad que había representado hasta entonces.

Las relaciones de Carranza con los trabajadores organizados también se modificaron con su victoria. Cada vez fue más claro en afirmar que esperaba su apoyo al régimen y que aceptarían beneficios materiales limitados. Fomentaba su participación en programas de ayuda mutua pero en 1916, cuando los sindicatos quisieron alcanzar su independencia y presentaron demandas políticas mediante huelgas económicamente dislocadoras, Carranza los sometió por la fuerza.⁵⁹ El nuevo Estado populista ofreció reformas limitadas y no toleró demandas independientes de los estratos bajos. Por tanto, los trabajadores organizados se frustraron rápidamente; pero ¿qué podían hacer si la confrontación revolucionaria había terminado y los constitucionalistas ostentaban el poder?

No todos los líderes constitucionalistas estuvieron de acuerdo con el rápido desistimiento de Carranza respecto de sus compromisos populistas. Obregón advirtió que las promesas hechas para obtener las victorias militares de 1915 continuarían siendo las premisas centrales en el largo proceso de consolidación del régimen, y pudo convencer a Carranza de llevar a cabo ciertas asignaciones de tierras entre los partidarios constitucionalistas en Sonora, su estado natal. Pero fueron concesiones otorgadas con una gran renuencia.⁶⁰ En 1917 Obregón abandonó la administración carrancista debido, en gran parte, a su desacuerdo con la posición del Primer Jefe frente a las promesas populistas. Sin embargo, antes de hacerlo, Obregón se aseguró de que los asuntos populistas fueran incluidos en la nueva Constitución de 1917.

A finales de 1916 los constitucionalistas se reunieron en Querétaro para redactar una nueva carta magna. El documento final de esta convención contenía todas las contradicciones inherentes a la facción victoriosa. La Constitución defendía el principio de la propiedad privada, al mismo tiempo que prometía tierra para los campesinos y dejaba su realización en manos del Poder Ejecutivo. Prometía salarios y otros beneficios a los trabajadores organizados, pero sujetaba esta cuestión a un estrecho control estatal. Asimismo, prometía un nacionalismo económico que unía el país a una economía capitalista manejada desde el exterior.⁶¹ La nueva Constitución no resolvió las cuestiones que habían desatado la violenta confrontación llevada a cabo entre 1913 y 1915. Los constitucionalistas gobernaron bajo un Estado cada vez más poderoso y que hubo de enfrentar las cuestiones sociales fundamentales aún no resueltas.

En las décadas posteriores a 1917 los gobiernos pos-revolucionarios se esforzaron por consolidar su poder y promover el desarrollo capitalista, en tanto movimientos populares regionales demandaban políticas favorables a una reforma agraria y derechos sobre el trabajo. En ese contexto las promesas populistas sólo se convirtieron en programas efectivos cuando las fuerzas populares no dejaron lugar a

dudas respecto a las condiciones de la pacificación: la redistribución de la tierra y el cumplimiento de las promesas hechas a los trabajadores —lo cual contribuyó, desde luego, a la estabilización del régimen. En 1917 Zapata, Villa, Cedillo y muchos otros seguían en armas junto con seguidores locales leales. Obregón regresó a Sonora para atender asuntos personales y su futuro político. Los carrancistas asesinaron a Zapata en 1919; pero cuando Carranza intentó obstaculizar el acceso de Obregón a la Presidencia en 1920, los populistas de Sonora se aliaron con los agraristas, Cedillo y los zapatistas sobrevivientes entre otros. Por fin, Carranza fue asesinado cuando trató de huir.

La administración de Obregón, a principios de los veinte, se caracterizó por un populismo más activo. En estados como Morelos y Tlaxcala, donde la redistribución de tierras era esencial para la pacificación, la reforma agraria se extendió rápidamente. En todas partes, sobre todo donde no se había permitido movimientos rurales antes de 1920, la gente del campo se organizó, protestó y, con cierta periodicidad, se rebeló en demanda de tierras para pacificarse.⁶² En 1923 una revuelta al mando de Adolfo de la Huerta y apoyada por las élites y gran parte del ejército, desafió a Obregón; para derrotar a sus adversarios, éste recurrió a los beneficiarios de la reforma agraria. El recurso permitió a Plutarco Elías Calles, candidato obregonista a la Presidencia, asumir el poder en 1924.

Entre 1924 y 1934, periodo en el que participó en el gobierno de México, Calles trató de frenar el populismo agrario. Sin embargo, ante la masiva insurrección de los cristeros ocurrida entre 1926 y 1929, para integrar su ejército también se vio obligado a recurrir a quienes habían recibido tierras y permanecían armados —con lo cual se fortalecieron de nuevo los reclamos populistas. La depresión de principios de los treinta afectó entonces a las élites comerciales orientadas hacia la exportación —y que habían apoyado a los constitucionalistas y se habían esforzado por detener las reformas populistas.

En ese contexto, Lázaro Cárdenas llegó al poder en 1934. Fue él quien instrumentó la transformación popu-

lista prometida por los constitucionalistas cuando ganaron las batallas de 1915, y que perfilaba la Constitución de 1917. Empezó una reforma agraria de amplias proporciones dirigida por el Estado para socavar el poder de las élites terratenientes, pacificar a los campesinos y trabajadores rurales, y conseguir que los beneficiarios dependieran del Estado. El apoyo que Cárdenas otorgó a las huelgas, en efecto, no sólo benefició a sus participantes sino que también los sujetó al Estado. Asimismo, la expropiación de las compañías petroleras extranjeras llevada a cabo en 1938 proclamó el nacionalismo mexicano y fortaleció al régimen, sin disminuir la dependencia básica del país respecto de la economía internacional. Por último, al cumplir las promesas populistas Cárdenas estabilizó al Estado posrevolucionario. La reconstrucción nacional que emprendió sirvió para homogeneizar las diferencias regionales que durante mucho tiempo habían fragmentado la vida social y política de México. Las reformas populistas del cardenismo sentaron los cimientos de la estabilidad política, el crecimiento capitalista y el empobrecimiento social que caracterizarían a México durante los 50 años posteriores a 1940.⁶³

Todas las facciones que se levantaron en 1913 para derribar al régimen de Huerta comenzaron como movimientos regionales —si bien diferían en sus bases sociales, organizaciones y doctrinas políticas. Fueron los constitucionalistas quienes trascendieron sus bases regionales para integrar una facción nacional con partidarios de las clases urbanas altas y medias, utilizaron de manera efectiva los recursos internacionales y se proclamaron victoriosos para acceder al poder y, en 1915, convertirse en el Estado nacional. Las fuerzas regionales y agrarias no fueron derrotadas, pero se vieron obligadas a adoptar una posición defensiva. Del dominio ejercido por un Estado nacionalista y populista que en primer lugar se ocupó de los intereses de los sectores sociales favorecidos, al mismo tiempo que promovía vínculos económicos internacionales —así como la subordinación de las facciones regionales más sensibles a las demandas populares y agrarias— se desprenden los

principales legados de la confrontación revolucionaria llevada a cabo entre 1913 y 1917. El siglo XX mexicano se estructuró de acuerdo con estos resultados.

Notas

¹ Véase Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana: La formación del nuevo régimen*, México, ERA, 1973; y Nora Hamilton, *The Limits of State Autonomy: Post-Revolutionary Mexico*, Princeton, Princeton University Press, 1982.

² Arnaldo Córdova, *op. cit.*, pp. 108-113.

³ Sobre el golpe de estado véase Michael Meyer, *Huerta: A Political Portrait*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1972, pp. 45-63.

⁴ Friedrich Katz, *The Secret War in Mexico: Europe, The United States, and the Mexican Revolution*, Chicago, University of Chicago Press, 1981, p. 119; Alan Knight, *The Mexican Revolution, 2 vols.*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, vol. 1, pp. 18 y 62-63. Para mayor información sobre las perspectivas regionales del huertismo, véase Raymond Buve, "Peasant Movements, Caudillos and Land Reform during the Revolution (1910-1917) in Tlaxcala, México", en *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, núm. 18, junio de 1975, p. 133; Dudley Ankerson, *Agrarian Warlord: Saturnino Cedillo and the Mexican Revolution in San Luis Potosí*, DeKalb, Northern Illinois University Press, 1984, pp. 61-62; y Romana Falcón, *Revolución y caciquismo: San Luis Potosí, 1910-1938*, México, El Colegio de México, 1984, p. 71.

⁵ Sobre la muerte de Madero véase Michael Meyer, *op. cit.*, pp. 69-82.

⁶ *Ibid.*, pp. 90-91; Alan Knight, *op. cit.*, vol. 2, pp. 77-78 y 129-136.

⁷ Alan Knight, *op. cit.*, vol. 2, pp. 81-87.

⁸ Friedrich Katz, *op. cit.*, pp. 156-202; Alan Knight, *op. cit.*, vol. 2, pp. 31 y 138.

⁹ Sobre los zapatistas véase John Womack Jr., *Zapata and the Mexican Revolution*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1969. Este análisis se sustenta en ese libro, a menos que se indique lo contrario.

¹⁰ La presente interpretación se analiza en John Tutino, *op. cit.*, pp. 321-325; véase también Arturo Warman, *... Y venimos a contradecir: los campesinos de Morelos y el estado nacional*, México, Casa Chata, 1976; y Roberto Melville, *Crecimiento y rebelión: El desarrollo económico de las haciendas azucareras en Morelos, 1880-1910*, México, Nueva Imagen, 1979.

¹¹ Véase John Womack, *op. cit.*; Arnaldo Córdova, *op. cit.*, pp. 144-155; y Arturo Warman, "The Political Project of Zapatismo" (trad. de Judith Brister), en Friedrich Katz (comp.), *Riot, Rebellion, and Revolution: Rural Social Conflict in Mexico*, Princeton, Princeton University Press, 1988, pp. 321-337.

¹² John Womack, *op. cit.*, pp. 235-236 y 240-241.

¹³ *Ibid.*, p. 184.

¹⁴ Raymond Buve, "Peasant Movements...", art. cit., pp. 122-139; y del mismo autor, "Neither Carranza nor Zapata: The Rise and Fall of a Peasant Movement that Tried to Challenge Both: Tlaxcala, 1910-1919", en Friedrich Katz (comp.), *Riot, Rebellion, and Revolution...*, *op. cit.*, pp. 341-346.

¹⁵ Para mayor información sobre los acontecimientos en las zonas fronte-

rizas en la etapa de Díaz, véase Mark Wasserman, *Capitalists, Caciques and Revolution: The Native Elite and Foreign Enterprise in Chihuahua, Mexico, 1854-1911*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1984.

¹⁶ *Idem*. Véase también los estudios de Thomas Benjamin y William McNellie (comps.), *Other Mexicos: Essays on Regional Mexican History 1876-1911*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1984.

¹⁷ Véase Mark Wasserman, *op. cit.*

¹⁸ *Idem*. Véase también William K. Meyers, "La Comarca Lagunera: Work, Protest, and Popular Mobilization in North Central Mexico", en Thomas Benjamin y William McNellie (comps.), *op. cit.*, pp. 273-274; y Jane Dale Lloyd, "Rancheros y revoluciones en el noroeste de Chihuahua", en Óscar Betanzos (comp.), *Campesinos, terratenientes y revolucionarios*, vol. 3 de *Historia de la cuestión agraria mexicana*, México, Siglo XXI, 1982, pp. 78-106.

¹⁹ Sobre Carranza véase Douglas Richmond, *Venustiano Carranza's Nationalist Struggle*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1983; sobre Sonora y el manejo de la organización del estado, véase Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada: Sonora y la revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1976.

²⁰ Véase Douglas Richmond, *op. cit.*; y Arnaldo Córdova, *op. cit.*, pp. 188-218.

²¹ Douglas Richmond, *op. cit.*, pp. 49-50; Arnaldo Córdova, *op. cit.*, pp. 195-196; Friedrich Katz, *The Secret War...*, *op. cit.*, pp. 128-131.

²² Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, México, El Caballito, 1971.

²³ Para una perspectiva más analítica véase Friedrich Katz, "Pancho Villa and the Attack on Columbus, New Mexico", en *American Historical Review*, núm. 83, vol. 1, febrero de 1978, pp. 101-130.

²⁴ Véase Mark Wasserman, *op. cit.*; William K. Meyers, "La Comarca Lagunera...", *op. cit.*; Jane Dale Lloyd, "Rancheros y revoluciones...", *op. cit.*

²⁵ Alan Knight, *op. cit.*, vol. 2, pp. 118-119 y 270.

²⁶ *Ibid.*, p. 297.

²⁷ Friedrich Katz, *The Secret War...*, *op. cit.*, pp. 136-152; Silvestre Terrazas, *El verdadero Pancho Villa*, México, ERA, 1981.

²⁸ Friedrich Katz, "Agrarian changes in Northern Mexico in the Period of Villista Rule, 1913-1915", en James Wilkie (comp.), *Contemporary Mexico*, Berkeley, University of California Press, 1976, pp. 259-273; véase también del mismo autor *The Secret War...*, *op. cit.*, pp. 139-141; Alan Knight, *op. cit.*, vol. 2, pp. 120-124; Arnaldo Córdova, *op. cit.*, pp. 158-159.

²⁹ Para mayor información sobre el Yaqui, véase Evelyn Hu-DeHart, *Yaqui Resistance and Survival*, Madison, University of Wisconsin Press, 1984; sobre la Revolución véase Héctor Aguilar Camín, *op. cit.*, pp. 334-337, 373-375 y 378.

³⁰ Alan Knight, *op. cit.*, vol. 2, pp. 50-51 y 188; Dudley Ankerson, *op. cit.*, pp. 1-91; Romana Falcón, *op. cit.*, pp. 21-96.

³¹ Sobre las batallas de Torreón véase John Read, *Insurgent Mexico*, Nueva York, International Publishers, 1969.

³² Friedrich Katz, *The Secret War...*, *op. cit.*, pp. 195-202; Robert Quirk, *An affair of Honor*, Lexington, University of Kentucky Press, 1962.

³³ Charles Cumberland, *Mexican Revolution: The Constitutionalist Years*, Austin, University of Texas Press, 1972, p. 209.

³⁴ *Ibid.*, p. 171; Linda Hall, *Alvaro Obregón: Power and Revolution in Mexico*, College Station, Texas A. and M. University Press, 1981, p. 76.

³⁵ Robert Quirk, *The Mexican Revolution, 1914-1915: The Convention of Aguascalientes*, Bloomington, Indiana University Press, 1960, pp. 41-43; Linda Hall, *op. cit.*, pp. 66-69; Alan Knight, *op. cit.*, vol. 2, p. 167.

³⁶ Robert Quirk, *op. cit.*, pp. 53-54; Alan Knight, *op. cit.*, vol. 2, pp. 115-169; John Mason Hart, *Revolutionary Mexico: The Coming and Process of the Mexican Revolution*, Berkeley, University of California Press, 1987, pp. 152-153 y 294.

³⁷ Robert Quirk, *op. cit.*, pp. 55-56.

³⁸ John Womack, *op. cit.*, p. 206.

³⁹ Robert Quirk, *op. cit.*, pp. 101-131; Friedrich Katz, *The Secret War...*, *op. cit.*, pp. 274, 280-281; Alan Knight, *op. cit.*, vol. 2, pp. 236, 251-263 y 307-309; Linda Hall, *op. cit.*, pp. 93-97.

⁴⁰ Dudley Ankerson, *op. cit.*, p. 73; Raymond Buve, "Peasant Movements...", art. cit., pp. 136-138.

⁴¹ Alan Knight, *op. cit.*, vol. 2, pp. 232, 239, 274 y 282-285.

⁴² Una tendencia en Adolfo Gilly, *op. cit.*

⁴³ Robert Quirk, *op. cit.*, pp. 135-143; Charles Cumberland, *op. cit.*, p. 187; John Womack, *op. cit.*, pp. 221-222; Alan Knight, *op. cit.*, vol. 2, pp. 309-311.

⁴⁴ Adolfo Gilly, *op. cit.*, pp. 130-174

⁴⁵ Véase nota 41.

⁴⁶ Robert Quirk, *op. cit.*, pp. 153-157; véase también Arturo Warman, "Political Project...", *op. cit.*

⁴⁷ Robert Quirk, *op. cit.*, pp. 176-178.

⁴⁸ John Mason Hart, *op. cit.*, pp. 276-303; véase también Robert Quirk, *op. cit.*, pp. 130-131; Charles Cumberland, *op. cit.*, p. 181; Linda Hall, *op. cit.*, p. 99

⁴⁹ Friedrich Katz, *The Secret War...*, *op. cit.*, p. 270; Lorenzo Meyer, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero, 1917-1942*, México, El Colegio de México, 1972, pp. 21 y 91-99.

⁵⁰ Friedrich Katz, *The Secret War...*, *op. cit.*, p. 272; Alan Knight, *op. cit.*, vol. 2, pp. 246-251; véase también Gilbert M. Joseph, *Revolution from Without: Yucatan, Mexico and the United States, 1880-1924*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982.

⁵¹ Robert Quirk, *op. cit.*, p. 152; Charles Cumberland, *op. cit.*, pp. 187 y 232-234; Arnaldo Córdova, *op. cit.*, pp. 202-204; Linda Hall, *op. cit.*, pp. 103 y 107; Douglas Richmond, *op. cit.*, pp. 68-69; Alan Knight, *op. cit.*, vol. 2, pp. 313-314; Raymond Buve, "Peasant Movements...", art. cit., pp. 140-141 y 145, y "Neither Carranza nor Zapata...", *op. cit.*

⁵² Robert Quirk, *op. cit.*, pp. 183-187; Barry Carr, *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*, México, ERA, 1981, pp. 62-67; Ramón Eduardo Ruiz, *La revolución mexicana y el movimiento obrero, 1911-1923*, México, ERA, 1978, pp. 71-79; Linda Hall, *op. cit.*, pp. 110-119; Douglas Richmond, *op. cit.*, pp. 72-73.

⁵³ Robert Quirk, *op. cit.*, pp. 213-214; Linda Hall, *op. cit.*, pp. 114-119.

⁵⁴ Arnaldo Córdova, *op. cit.*, p. 212.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 160-162; Friedrich Katz, *The Secret War...*, *op. cit.*, pp. 283-284.

⁵⁶ Robert Quirk, *op. cit.*, p. 223; Linda Hall, *op. cit.*, p. 132; Alan Knight, *op. cit.*, vol. 2, p. 321.

⁵⁷ Arnaldo Córdova, *op. cit.*, pp. 166-172; Friedrich Katz, *The Secret War...*, *op. cit.*, pp. 283-285; Arturo Warman, "Political Project...", *op. cit.*

⁵⁸ Friedrich Katz, *The Secret War...*, *op. cit.*, pp. 287-293; Douglas Richmond, *op. cit.*, pp. 80-81, 114-118 y 121-124; sobre Tlaxcala véase Raymond Buve, "Neither Carranza nor Zapata...", *op. cit.*, pp. 350-375; y sobre San Luis Potosí véase Romana Falcón, *op. cit.*, pp. 96-97.

⁵⁹ Ramón Eduardo Ruiz, *La revolución mexicana...*, *op. cit.*, pp. 79-82; Barry Carr, *op. cit.*, pp. 72-79; Douglas Richmond, *op. cit.*, pp. 125-132.

⁶⁰ Linda Hall, *op. cit.*, pp. 160-161.

⁶¹ Véase Arnaldo Córdova, *op. cit.*, pp. 214-221; Linda Hall, *op. cit.*, pp. 163-183.

⁶² Véase José Rivera Castro, "Política agraria, organizaciones, luchas y resistencias campesinas entre 1920 y 1928", en Enrique Montalvo (comp.), *Modernización, lucha agraria y poder político, 1920-1934*, vol. 4 de *Historia de la cuestión agraria mexicana*, *op. cit.*, pp. 21-149.

⁶³ Sobre Cárdenas véase Nora Hamilton, *op. cit.*; Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo*, México, ERA, 1974; y Luis González, *Los días del presidente Cárdenas*, México, El Colegio de México, 1981.